

Acontecimiento editorial:

SOBRE LA ESENCIA, DE XAVIER ZUBIRI

Con justificado alborozo vemos en las librerías este denso volumen de un pensador cuyo silencio se venía haciendo sentir desde hace varios lustros en nuestra vida intelectual. Desde el primer instante de su publicación, antes incluso de ser del dominio público, suscitó esta obra entusiásticos comentarios. Y conviene apresurarse a decir que no se trata de forma alguna de sensacionalismo intelectual, sino de la reacción lógica de unos pensadores españoles que saben muy bien lo que puede significar para el porvenir intelectual del país la publicación de los escritos inéditos de Zubiri, cuyas primicias tenemos ahora entre las manos.

Que se trata de un suceso fuera de serie, de un verdadero acontecimiento, no lo pondrá en duda quien piense que estamos ante la versión escrita de un pensamiento que ha causado la admiración de un público extraordinariamente selecto durante los ciclos de conferencias privadas que pronunció Zubiri en Madrid durante varios lustros. De la fecundidad de su futura obra escrita han sido estas lecciones seguro presagio, por el interés que han despertado y la profunda huella que han dejado en mentes de muy diversas características y orientaciones.

Pese a no hacer concesión alguna a la galería, Zubiri era oído por un público heterogéneo con apasionada atención, no sólo ni en primer lugar por su pasmosa erudición y dominio de técnicas intelectuales, sino ante todo por su radicalidad y decisión en el tratamiento de los problemas que convierte cada lección en una dramática aventura intelectual. Y aquí radica su eficacia pedagógica y el secreto del atractivo que ejerce su magisterio sobre un público dispar que va del cirujano o el político al catedrático de Filosofía o al profesor de Teología.

Más que un cuerpo de doctrina lo que buscaba en Zubiri el oyente era un estilo de pensar a la altura de esta época saturada hasta el ahogo de relativismos y blandos compromisos. El no especializado lo vislumbraba a través del denso discurso filosófico. El impueto en la materia lo corroboraba gozosamente en cada paso que daba el filósofo hacia la superación de los dilemas mediocres que sólo pueden ser sobrepasados al debido nivel de profundidad. "Aun sin entenderle plenamente, oír a Zubiri me resulta reconfortante—decía en una ocasión un romanista—, porque adivino en su decir una lógica férrea que es todo menos dogmatismo y rigidez,

sino que está ganada a través de Dios sabe qué esfuerzos por ahondar en la problemática filosófica." El profesional de la Filosofía siente ante las palabras veloces de Zubiri la emoción que produce el ganar altura y perspectiva. En definitiva, una sensación de poder.

Esta misma impresión de rigor y de vigor intelectual se recibe ante la lectura de los escritos de Zubiri. Con la particularidad de que pasar de la celeridad verbal casi precipitada de las lecciones al reposo de la lectura a solas da una fuerte sensación de confort intelectual.

Al oír o leer a Zubiri apenas se echa de ver que su estilo es extraordinariamente ascético y severo, porque desde el primer momento sitúa al lector a un nivel muy distinto al de la mera estética literaria. Ni se repara apenas en la falta de notas al pie de página, porque se camina a buen paso hacia la solución de problemas que se ofrecen acuciantes, en desnudez radical. (Con lo cual no quiero prejuzgar si sería o no conveniente, sobre todo en una segunda lectura, poder seguir a través de las notas la peripecia intelectual del autor en el proceso de gestación de la obra y los resultados críticos del mismo. Las notas indudablemente orientan y estimulan. Pero, en todo caso, quede constancia de que, a mi entender, los trabajos de creación tienen un *tempo* propio, con una cierta exigencia a desembarazarse de los *cortes rítmicos* que significan las notas.) Zubiri apenas cita, pero su pensamiento está transido dinámicamente por toda la vida intelectual del pasado e impulsado por la del presente. Su capacidad crítica es extraordinaria, porque se sitúa desde el principio en el nivel de profundidad en que se enraizan los diferentes sistemas. Por eso construye bien, porque la lógica interna al discurso filosófico depende del dominio sobre las estructuras que sólo se gana a fuerza de radicalidad.

De esto se desprende que la lectura de las obras de Zubiri ha de ser necesariamente difícil. Pero ello no debe constituir un pretexto para el abandono, sino acicate para insistir en ella, en la seguridad de que, como en la audición de obras de música selecta, cada repetición se da a un nivel de superior profundidad, siempre nuevo y lleno de sorpresas intelectuales. De ahí la eterna lozanía de lo profundo.

Si yo hubiera de explicar a no profesionales de la Filosofía la razón de la importancia trascendental de esta nueva obra de Zubiri diría lo siguiente:

Hay en el mundo realidades que por ser más difícilmente captables que las cosas materiales, fácilmente son objeto de un hábil escamoteo y son consideradas como meramente ideales, o si se quiere, menos reales que aquéllas. Hay otras que siendo cualitativamente distintas entre sí, son lo suficientemente semejantes para que pensadores interesados en la simplificación abusiva de las cosas las identifiquen. Con ello se empobrece la realidad, y, consiguientemente, el pensamiento que la estudia. De este modo se ha llegado a depauperar hasta tal punto el pensamiento que se ha dado en dividir lo real en *fáctico* y *eidético*. Sartre, por ejemplo, no habla sino del *en-sí* y el *para-sí*. El *en-sí* es algo opaco, bruto, mero hecho puro, algo sin la luz interna de una significación. El *para-sí* o conciencia es la mera nada de *en-sí*, un hueco que se ha operado en el ser bruto, una campana neumática en que se operó el vacío del ser, y no puede más que reflejar el ser. De esta pobreza se deriva para el hombre una situación de privilegio tan exacerbada, que provoca en él, paradójicamente, una sensación de desamparo radical. Frente a un "mundo roto" (Marcel), vacío de sentido, el hombre se siente a solas, y de esta soledad brota la náusea. Frente a esto, el colosal esfuerzo de Zubiri se dirige a la par a descubrir la irreductibilidad cualitativa de los diversos seres o aspectos del ser, y a mostrar todas las formas de vinculación que se dan entre ellos. Por eso distingue, por ejemplo, la esencia y la quiddidad, la esencia y la especie (pág. 247), cuya profunda vinculación deja más tarde a plena luz (pág. 252).

Toda esta obra, en el fondo, no intenta sino evitar que se reduzca la esencia a algo *conceptual*, pues aun reconociendo el valor de realidad de los conceptos, se pierde gran parte de la densidad entitativa que posee la esencia, con lo cual nos hallamos a medio camino en el proceso de reducción de lo real a un caos sin sentido. Hablando en términos un tanto imprecisos, pero claros, podríamos decir que la tarea de Zubiri consiste en vincular internamente la esencia y la existencia, para dar a ésta sentido interno y a aquélla el debido peso de realidad. Pero ello solo es posible si se concede a lo real toda su amplitud interna.

La importancia del tema de la esencia salta a la vista con sólo pensar que en él se decide lo que son las cosas. Si se dice, con algunos existencialistas, que la existencia debe privar sobre la esencia, ello indica que el hombre no es nada fijo, inmutable y, por tanto, misterioso y digno de reverencia como es todo lo cualitativamente irreductible, sino algo que deviene, que se hace al hilo de un proceso existencial en que no es la esencia, sino la libertad quien lleva el mando. Sobre los débiles hombros del ser humano pesa la trágica tarea de hacerse a sí mismo poco a poco, instante a instante. Cuanto signifique permanencia es desechado como

rígido e inauténtico; por ejemplo, las normas sociales y morales. Tenemos la *Ética de situación*.

Frente a este desconcierto, Zubiri se lanza al empeño de mostrar que la esencial *flexibilidad* interna del ser humano, cuya vida consiste en realizar *proyectos*, sólo puede darse si se enraiza en una inquebrantable *firmeza*: es el concepto de *esencia abierta*, frente a la *esencia semi-abierta* del animal y la *esencia cerrada* de lo inanimado.

En general puede decirse que el pensamiento de Zubiri se caracteriza por un *afán de integralidad*, de hacer justicia a las cosas, para dar al hombre el debido equilibrio, que es en todo tiempo fruto de la sinceridad. Por eso critica a Husserl (pág. 23), a Hegel (página 36), al Racionalismo (pág. 59), a Aristóteles (página 75) y considera a la esencia como algo *factual* (página 196), *individual* (pág. 211) y *momento fundante* de la *sustantividad* (pág. 264). Esto explica asimismo que en la eterna disputa acerca de la primacía en el hombre de los sentidos o de la inteligencia opte Zubiri por elevarse de nivel y proponer la unión estructural de *inteligencia* y *sentir* en lo que él llama "inteligencia sentiente". Léase detenidamente este párrafo que condensa toda su teoría del conocer humano: "...Lo que constituye la apertura de esta esencia intelectual que es el hombre no es primariamente *comprensión*, sino el hallarse vertido desde sí mismo, en tanto que *inteligencia*, al *sentir*; esto es, la apertura es *impresión*. Y, como ya dije, no me refiero con ello a que el hombre ejercite su intelección en algo ya sentido previamente a la intelección misma, sino que talitativamente la intelección humana no sólo en el ejercicio de su acto de intelección, sino en la estructura misma de la *inteligencia* en cuanto tal, está vertida al *sentir*; de suerte que *inteligencia* y *sentir* forman una sola estructura; la *inteligencia sentiente*, gracias a la cual toda realidad es sentida en *impresión* de realidad. La apertura humana es concreta, formal y primariamente sentiente, una apertura intelectual de carácter *impresivo*. No se trata, pues, ni de que la intelección sea un acto ulterior al *sentir*, ni de que la intelección consista en dar al sentido una forma objetiva distinta de la subjetiva que tendría en el *sentir* (Kant), sino de que en su ejercicio la intelección es en sí misma sentiente y el *sentir* es *intelectivo*, y de que en su estructura esencial constitutiva, *inteligencia* y *sentir* constituyen una estructura única. Puede darse, y se da de hecho, *sentir* sin *intelección*, pero lo recíproco no es cierto; toda *intelección* es últimamente sentiente. Por esto el hombre es "animal de realidades", y de ello resulta que el hombre es "animal personal". El hombre va elaborando su personalidad en *distensión* y *protensión*, porque estructuralmente es ya *personidad*, y lo es *animalmente*" (1).

(1) X. Zubiri: *Sobre la esencia*, págs. 506-07. Madrid, 1962.